

Divinizando en su esencia
Su porvenir ó su amor.

Y aun en la misma ventana
Su enredadera cenida,
Aun vejetaba prendida
La pasionaria al dintel:
Mas ya crecidos los tallos
De sus ramas, parecia
Que desprenderse queria
A su verde cuna infiel.

Y en la mas larga pendiente,
Ya dentro del aposento,
Yacia en el pavimento
Sin arrimo y sin sosten,
Como si el fin contemplando
Avanzar de su señora,
Al suyo en la misma hora
Quisiera llegar tambien.

Dijeran que adivinando
El término de su vida,
La postrera despedida
Quería á Clotilde dar,
Y que hasta su mismo lecho
Subir intentando en vano,
Tomó el lugar mas cercano
A donde pudo arribar.

Y él la contemplaba trémulo,
Y ella su flor le pedía,
Y don Félix no sabia
En verdad qué resolver.
La flor seguía en la sombra
Ante sus ojos brillando,
Y él la seguía mirando,
En acuerdo sin volver.

Al fin la voz de su esposa
Oyendo desfallecida,
Que adios decía á su vida
Clamándole por su flor,
Sobre ella dió de repente,
Y en la oscuridad asiéndola:
—Sea, pues! dijo, rompiéndola
Con insensato furor;

A tal momento, Clotilde
Lanzó el último gemido:
Y el conde, de horror transido
En las tinieblas quedó,
Al escuchar que su nombre
Dentro del mismo aposento,
Otro conocido acento
Tiernamente pronunció.

¡Cielos! exclamó espantado,
¿Es realidad ó deliro?
¿De quién era ese suspiro
Que en las tinieblas oí?

—Félix, repuso en la sombra
Aquella voz dolorida,
¿No me conoces, mi vida?
Yo soy, acércate á mí.

Desatinado y atónito,
Tomó una lámpara el conde,
Y al sitio volviendo donde
La Pasionaria arrancó,
Vió con estúpido asombro

El desconocido objeto
Que el miedo y amor secreto
Hacia la flor le inspiró.

Pálida, fria y sin aliento apenas,
Enamorada aún y encantadora,
En lugar de la flor yacia AURORA,
En medio del oculto camarín.
Contemplábala atónito don Félix,
El misterio fatal no comprendiendo,
Y tendíale Aurora sonriendo
Los yertos brazos, próxima á su fin.

Y aun amoroso el rostro moribundo,
Díjole así con voz desfallecida:

—He estado junto á tí toda mi vida,
Y muero con mi amor cerca de tí.
Velada á vuestra vista entre las hojas
De una hermosa y silvestre Pasionaria,
Fuí huésped de esa reja solitaria,
Y os ví felices y dichosa fui."

Siempre te amé; mas siempre cuidadosa
Miré mas que á mi amor á tu ventura;
Tú no fueras feliz con mi hermosura,
Y en mí encerré mi generoso amor.
Dios hizo que á este amor triste y sin premio
Fuera el amor de tu Clotilde unido;
Mas nuestro tiempo le pedí medido
Por el tiempo no mas de aquella flor.

No nos fué dado nunca conocernos,
Mas á la par vivimos y te amamos;
Ambas unidas á la tumba vamos,
Y te perdemos á la par las dos.
Juntas morir nos otorgó el destino,
Y tú mismo, al cortar mi Pasionaria,
Cumpliste mi recóndita plegaria.
Recibe, pues, mi postrimer adios.

Y á estas palabras la cerviz doblando,
Voló al cielo su alma enamorada,
Y en medio de la atmósfera nublada
Repentino relámpago brotó.
Las ramas de la verde enredadera,
En la estrecha ventana se inflamaron,
Y sus hojas ceniza se tornaron
Que el agitado viento arrebató.

Tendió don Félix las convulsas manos,
Ciego á su vista y de dolor transido,
Y privado de aliento y de sentido,
De la ventana al pie se desplomó.
Y diz que en su castillo de Aracena
Pocos años despues triste vivía,
Y que á Aurora buscaba todavía
Por el ameno valle en que vivió.

Aun de su viejo castillo
En una capilla oscura,
Se encuentra la sepultura
De su postrero señor.
Y en vez del busto de mármol
Y de inscripcion funeraria,
Hay solo una Pasionaria
De mano de un escultor.

LEYENDA SEXTA.

APUNTACIONES PARA UN SERMON

SOBRE LOS NOVISIMOS.

TRADICION!

AL LECTOR EL AUTOR.

Como lo vas á leer,
Me lo contaron, lector:
Atañe al historiador
Lo cierto que puede haber.

Lo que mas la plazca de ello,
Crea tu razon discreta,
Mas no olvide que al poeta
Pertenece lo mas bello.

Querer dar con la verdad
Fiándose en sus escritos,
Es á yerros infinitos
Asentir con ceguedad.

Yo no pretendo enseñarte,
Lector, á menos atento:
Me daré por muy contento
Si es que consigues agradarte.

Solo á arrancarte un suspiro
O una sonrisa, aunque leve,
Mi estéril pluma se atreve;
Solo á deleitarte aspiro.

Dejemos la verdad, pues,
Que es la verdad siempre amarga
Y lo cierto grave carga
Para los poetas es.

Lo falso á lo verdadero
Lleva ventaja infinita;
La mentira es mas bonita,
Y yo siempre la prefiero.

La razon fria y severa
No hallará esta fantasia
Muy de su gusto, á fé mia;
Pero piense lo que quiera.

El pueblo me la contó,
Y yo al pueblo se la cuento;
Y pues la historia no invento,
Responda el pueblo y no yo.
No hay en ella mas verdad
Que lo que Hartzembusch ha escrito;
Y yo por darme lo admito
Importancia y gravedad.

El, verídico escritor,
Me garantiza esta historia,
Pues yo soy, pese á mi gloria,
De mentiras profesor.

Yo vivo con la mentira,
Lector, en público trato,
Y confieso sin recato
Que la verdad no me inspira!

Empiezo mi cuento, pues,
Y si te agrada, lector,
No preguntes al autor
Si mentira ó verdad es.

INTRODUCCION

QUE EL SEÑOR HARTZENBUSCH HA TEMIDO LA GALANERÍA DE PONER A MI LEYENDA SEXTA.

Pero antes que en el Duero se sepulte,
Cruza Pisnurga placida campiña,
Donde la rica mies, la rica viña
Derrama sus tesoros á la par.

Descuella un monte allí: sobre su cumbre
Un gigantesco torreon se eleva,
Mónstruo que con las víctimas se ceba
Que le da el despotismo á devorar.

Agrio son de cadenas y cerrojos,
Amenazas de bárbaros sayones,
Súplicas, alaridos, maldiciones,
Llenan aquella lúgubre mansion.
Fortaleza la llama quien lejano
Su mole ve sin registrar su centro;
Llámala infierno quien suspira dentro;
Cárcel la ley; su afrenta la razon.

Allí un anciano en miserable estancia,
Mas bien que calabozo, sepultura,
Sufre de sus pesares la tortura
Con el pié de la muerte en el umbral.
Pero en aquella frente consagrada,
Señales duran de lo que era un día,
Centellea en su frente todavía
La llama del espíritu marcial.

Bajo el morado episcopal vestido,
Violento late el corazón de Acuña:
Cuando su mano el pectoral empuña,
Fué un acero tal vez lo que buscó.
¡PADILLA! sin cesar suena en su labio,
Y un ¡ay! le sigue y el prelado llora;
Y es el audaz prelado que en Zamora
¡Santiago y libertad! apellidó.

—“¿Por qué, Señor, arrodillado dice
Delante de un ebúrneo Crucifijo;
Por qué, Señor, tu cólera maldijo
La jornada infeliz de Villalar?
¿Era pendon de iniquidad acaso
La bandera del noble comunero?
Por defender el injuriado fuero,
¿No es lícito la espada desnudar?”

Si entronizado el codicioso belga
Saqueaba el palacio y la cabaña,
Y desangrando á la infeliz España
Rios de oro enviaba á su nacion;
Si reía en espléndido banquete
Sirviéndole de música el gemido
De un pueblo que por él empobrecido
Moribundo imploraba compasion;

Si al pedirle justicia el triste padre,
Padre á quien deshonoró vil cortesano,
Decía el extranjero al castellano:
Cómprame la venganza y la tendrás:
¿Debió Castilla tolerar su afrenta?
¿No debió armarse para entrar en liza,
Y gritar á la chusma advenediza:
“No reinarás sobre mi suelo mas?”

¿Condenaste, Dios mío, por mi culpa
La empresa, que si no te fuera grata,
Porque soltando el báculo de plata
Del profano baston el puño así?
No, que Samuel, ministro de tus aras,
También en sangre se bañó la diestra,
Joyada de tu templo hizo palestra.
Moisés armó los brazos de Levi.

Lo veo, sí; con nuestra ruin fortuna
Tú quisiste enseñar á las naciones
En dos tremendas útiles lecciones

Lo que merecen, lo que deben ser.
Quéjese el pueblo que agobiado llora
Solo de sí porque obedece al yugo;
Mas sepa, si combate á su verdugo,
Que sin union es fuerza perecer.

Percieron por eso en el cadalso
Los hijos de la gloria y de la guerra,
Sus casas igualadas con la tierra
Yacen cubiertas de ignominia y sal.
“¿Por qué me ha perdonado la cuchilla?
¿Por qué esta cárcel mi vivir esconde?”
Una voz pavorosa le responde:
“Porque te espera muerte de dogal.”

Abrese con estrépito la puerta,
Y precedido de villana tropa,
Vestido un hombre de funesta ropa,
Resuelto avanza en la prision el pié.
Vara sutil de magistrado lleva,
Que en él parece látigo sangriento;
Ningun rasgo de humano sentimiento
En su frente fanática se vé.

Sanguinaria la boca, sanguinarios
Los torvos ojos de iracunda hiena,
Con desplegar el labio ya condena,
Con su mirada martiriza ya:
Mudo, pasmado el infeliz Acuña,
La decision espera de su suerte,
No le acobarda la imprevista muerte,
Pero le aterra ver al que la da.

“En nombre de don Carlos os lo mando.”

Grita á los suyos el feroz alcalde,
Pero dicta sus órdenes de balde;
Tiembla el esbirro, párase el sayon.
“Obedece,” el bárbaro repite:
Los satélites claman, ¡sacrilégio!
Y acatando el sagrado privilegio,
Se lanzan en tropel de la prision.

“No teme el vengador de la justicia,
Dice el cruel, del hombre ni del cielo,
Ese dogal tirado por el suelo
No quedará sin víctima esta vez.”
¡Ronquillo! fué á esclamar el sacerdote,
Pero apagó su voz el duro lazo,
Que estrechó con la planta y con el brazo
Aquel verdugo en hábito de juez.

Por los tránsitos luego de la cárcel
Su trofeo arrastró, dejando en ellos,
Con la sangre de Acuña y los cabellos,
Señalado el camino que llevó.
Y á un corredor llegando guarnecido
De dorado arabesco pasamano,
Al ver el espectáculo inhumano
Testigos el sacrilego llamó.

Y llegaron, y dijo: “Comuneros
Que desdorar quisisteis la corona,
La clemencia de Carlos os perdona,
De Simancas salid, pero mirad.”
Y el cordel ominoso atando á un hierro,
Lanzó al aire el cadáver palpitando...
Cayó la turba mísera temblando
Pasmada de terror y de piedad.

Alzóse un alarido que llenaba
Del ancho patio el ámbito vacío;

Sucedió al penetrante vocerío
Misterioso susurro de oracion.
Y oscilaban pendientes entre tanto
Del corredor los míseros despojos,
Y el llanto que asomaba en muchos ojos
Lo tragaba en secreto el corazón.

Pero el cáñamo vil con un crujido
Turbó el piadoso fúnebre homenaje,
Y anunció desde el alto barandaje
Nuevos horrores que mirar despues.
Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo...
Sonó un golpe violento... Y de repente
De sangre salpicósele la frente,
Y vió el roto cadáver á sus piés.

“Esconda, dijo, su ignominia luego
La sepultura que á pedirme vino.
Comuneros, sabéis vuestro destino;
Sed fieles al invicto emperador.”
Y salió del castillo á lento paso,
Con la mano enjugándose la cara,
Y agitando en el aire aquella vara
Que sembraba el espanto y el horror.

I.

Tal fué el alcalde Ronquillo,
Y tal el fin execrable
Del noble Acuña. La causa,
Solo los cielos la saben.
Lidió por su libertad
Como valeroso y grande,
Mas vencieron los de Carlos,
Y es inútil lamentarle;
Su crimen fué el ser vencido,
Y fué el iracundo alcalde
Su juez y verdugo á un tiempo.
¡Caiga en él toda su sangre!
En vano gritó Castilla
Contra el sacrilegio infame,
Que estaba el rey de por medio,
Y fueron voces al aire.
Dióse por traidor al muerto,
Y para mas ultrajarle,
Su infamia estendióse á todos
Los que su nombre llevaren.
Dió el emperador por bueno
A su juez, pródigo honrándole
Con su amistad, y él fué un tiempo
Su lebrél mas formidable.
Ansioso de distinguirse
En su servicio, y mostrarse
Agradecido y celoso
Por los intereses reales,
Atropelló sin escrúpulo
Cuanto encontró por delante,
Sin que justicia ó nobleza
Fuesen valla á sus desmanes.
Que en él fué delirio al cabo
Lo que al principio coraje,
Y la sed de su venganza
Degeneró en insaciable.

Era su presencia agüero
De horrendas calamidades,
Y era su nombre un conjuro
De desventuras y males.
Seguíanle por do quiera
En apiñada falange,
Alguaciles y verdugos
Con hachas y con dogales.
Donde fijaba la planta,
Su huella marcaba en sangre;
Donde ponía los ojos,
Iba la muerte á sentarse.
Como destructor cometa,
Como fantasma impalpable,
En todas partes se hallaba
Sin distincion de lugares.
Y un encuentro, una palabra
Casual ó poco esplicable,
Una plática en secreto
O una seña poco fácil
De comprension, una muerte
Evocaba en el instante.

“Comuneros son (gritaba)
¡A ellos, prenderles... matarles!”
Y nunca volvió sin presa,
Que era plan irrevocable
No hallar jamas inocente,
Ni justiciar nunca en balde.
¡Ah! no hubo español valiente,
Cuyo sueño no turbase
Alguna vez de Ronquillo
La amenazadora imágen.
Pues por dar con un rebelde,
Pasára sobre el cadáver,
Poco es del mejor amigo,
De su esposa y de su madre.
Mas tan caduca es la vida
Y todo en ella es tan frágil,
Que se hunde lo mas brioso,
Lo mas encumbrado cae.

Vecino á su hora postrera,
Tendido en su lecho yace,
Llena de angustias el alma,
El desapiadado alcalde.
Los ojos desencajados
De las cuencas se le salen,
Como si espantados vieran
Mil espectros rodearles.
La cólera y el terror
Pintados en el semblante,
Pide al mismo tiempo auxilios
Mundanos y espirituales.
A veces sobre su lecho
Iracundo incorporándose,
“¡Llamadme al Rey!” dice á gritos
Con feroces ademanes.
A veces entre la ropa
Atribulado ocultándose,
“Que traigan un confesor,”
Dice con voz lamentable.
Y corre desalentada
Su gente plazas y calles,

Unos en busca del rey
Y otros en busca de un fraile;
Mientras el vulgo enumera
Los infinitos desastres
Que lleva detrás el nombre
Del golilla agonizante.
Y no hay en Valladolid
Una casa ni un linage
Que con dudosa impaciencia
La muerte del juez no aguarde.
Parece que mientras viva
Sobre la tierra un instante,
Sus miradas y su aliento
Han de emponzoñar el aire.

Que así mueren los impíos,
Sin ser llorados de nadie,
Y agobiados bajo el peso
De su conciencia culpable.

II

Así en su lecho Ronquillo,
Ya casi á espirar cercano,
Un Crucifijo en la mano,
Y á su lado un confesor,
Aguarda su hora postrera
En oscura incertidumbre,
De su fé muerta la lumbre,
Vivo de su alma el terror.

Los recuerdos de una vida
A la ambición consagrada,
De crímenes mil sembrada,
Secretos entre Dios y él,
Hervían en su conciencia,
Y al exacto pensamiento
Se agolpaban en violento
Irresistible tropel.

Allí con faz iracunda
Se alzaba el fantasma fiero
Del bizarro caballero
Degollado en la prision;
Y sus hijos y su esposa,
Víctimas del abandono,
Pedíanle con encono
De aquella sangre razón.

Allí el engañado amigo
Y la mujer deshonrada,
La inocencia condenada,
La vendida rectitud,
A recias voces pedían
Contra el culpable venganza,
Y de ella con esperanza
Asidos de su ataúd.

Revuelve el juez por do quiera
Los ojos desencajados,
Mas por do quier apinados
Sangrientos fantasmas ve;
Do quiera una sombra pálida
Le recuerda una sentencia
Que dió contra su conciencia
Y contra justicia fué.

Y al través de cada pliegue
Del cortinaje ostentoso
De su lecho, un horroroso
Espectro aguardando está;
Y en vano cierra los párpados,
Que bajo forma distinta
En sus pupilas se pinta
Mas espantoso quizá.

Mas sobre todos Acuña
Ante sus ojos se muestra
Con el báculo en la diestra
Y en la siniestra un dogal,
Clamando el buen caballero
Por la honrosa sepultura
Merecida á su bravura
Y á su cetro episcopal.

En vano el mal juez le tiende
Su mirada palpitante;
Acuña le está delante
Con gesto amenazador,
Y al rezo con que el alcalde
Conjura la sombra santa,
Acuña el dogal levanta,
Que mata con deshonor.

"Mi fama importaba poco:
(Dice el obispo insepulto)
"Si el crimen quedara oculto
"Menos mi sangre en verdad.
"Pero ¿no viste ¡sacrilego!
"Que habia en mí mas que un hombre,
"Y que iba unida á mi nombre
"Mi sagrada dignidad?"

"No, (gritaba el moribundo)
"No á mí esa cuenta me pidas:
"La ley cortó vuestras vidas;
"Acude á quien la dictó.
"Rebeldes, á muerte fuisteis
"Condenados, y en conciencia
"Será injusta la sentencia,
"Mas no quien la ejecutó."

"No! (reponía la sombra)
"Mientes! si hacerte le plugo
"Su juez, jamás su verdugo
"Te nombró el emperador.
"Mientes, sí, díote la vara,
"Que aunque castiga no humilla,
"Mas no te dió la cuchilla
"Ni el dogal infamador."

"Cuando oscilaba mi cuerpo
"Colgado en el barandaje,
"No recibí aquel ultraje
"De tu rey, sino de tí."
Y esto diciendo, la sombra
De Acuña el dogal mostraba,
Y él con la visión luchaba
Sin ahuyentarla de sí.

"Huye! el infeliz decía,
"Huye, delirio funesto."
Y con terror manifiesto
La vista apartaba dél.
"Huye!" escondiendo la cara
Entre las ropas decía,

Mas siempre, siempre veía
El mismo espectro cruel.

En tanto el sol su occidente,
Y el día su fin tocaba,
Y á largo paso avanzaba
La noche lóbrega en pos:
Y al miserable Ronquillo
Le iba el aliento faltando,
Cada vez mas escusando
La memoria de su Dios.

"La vida es breve é incierta,
"Morir es negocio grave.
"La hora nadie la sabe."
Le decía el confesor;
Mas él, sin oírle casi,
La moribunda mirada
Tendía desesperada
De la puerta en derredor.

"Si hubiera, padre, un menguado
"De esos doctores, decía
"Que cortara mi agonía
"Hasta que viniera el rey,
"Le hiciera pesar en oro!...
"Mas todo es farsa su ciencia,
"Y á su orgullosa impotencia
"Siempre el mal pone la ley.
"¿De qué les sirve el estudio
"De esa facultad mentida,
"Si se les huye la vida,
"Y vence la enfermedad?"

"Pensad en Dios, replicaba
Compasivo el religioso;
"Buscad, señor, el reposo,
"En su incierta eternidad!"

Mas el alcalde, impaciente
Siempre mirando á la puerta,
Su atención mostraba incierta
Entre el rey y el confesor.
Decíale este: "él reparte
"Con el justo su corona"
Y él decía: "Su persona
"No tuvo adicto mayor."

"Mas me olvida cuando siento
"Presa mi vida en un hilo,
"Y él solamente tranquilo
"Pudiera hacerme morir!"
Y así Ronquillo diciendo,
Con superstición impía
En el rey ¡necio! ponía
Su esperanza y porvenir.

Decía el fraile: "habed cuenta
Que eso el diablo no os arguya!"

—Con una palabra suya
Me salvo, decía el juez.
Y oraba el buen religioso
Por él fervorosamente,
Y él murmuraba impaciente
Una maldición tal vez.

Al fin abrióse la puerta,
Y entró por ella embozado
Un hombre pálido, armado
De una espada y un baston;
Sobre cuya negra ropa,

De seda á un cordon aside,
De su cuello suspendido
Brillar se vía un toison.
Tendió por el aposento
Rapidísima mirada
Este hombre desde la entrada,
Y con perezoso pié
Llegó al lecho de Ronquillo,
Mientras el buen religioso
Acercóse repetuoso
Blando sitial y se fué.

Sentóse á la cabecera
Del juez el recién llegado,
Y con aliento apagado,
De este modo el juez le habló
A cuyas voces el otro
Sus razones esponiendo,
Preguntando y respondiendo,
Diálogo tal se entabló:

EL JUEZ.

Ya, príncipe y señor mio,
Cercana mi muerte siento,
Pero no es mi sentimiento
Mayor el verme morir;
No es dejar mi casa y gente
Sobre la tierra olvidada,
Cuando por vos amparada
Sé, señor, que ha de vivir.
Solo una cosa quisiera,
¡Oh gran señor! demandaros,
Y por cuanto hay conjurados
Para obtenerla de vos.

EL REY.

Sabes, Ronquillo, que siempre
Tu amigo mejor he sido,
Y sé cuán bien me has servido;
¡Prémiate en la gloria Dios!
Cuanto por ello me pidas,
Mi amistad te lo dispensa,
Con tal que no sea ofensa
Del Señor; concluye pues.

RONQUILLO.

Es una bondad que aguardo
De tan magnánimo pecho.

EL REY.

Ronquillo, dalo por hecho,
Mas acaba, dí lo que es.

RONQUILLO.

Oídme, señor; yo espiro,
Aunque pecador, en calma:
Solo me atormenta el alma
Un peso que solo vos
Podeis quitarme: la muerte
Del obispo de Zamora.
La mucha lumbre traidora
No temo, que le fué en pos.
No, aquella chusma rebelde
Murió á las leyes conforme;
Yo dí á vuestro padre informe
De cuantas sentencias dí:
Mas la de Acuña me aflige,

Librarme de ella deseo,
Que por todas partes veo
Aquel obispo ante mí.

Si vos, señor, compasivo,
De mi conciencia en descargo
Quisiérais tomarla á cargo
De vuestro padre en lugar,
Yo descansado muriera,
Porque vuestro padre al cabo
Mandó á Padilla y á Bravo
Y á los rebeldes matar.

Y yo, señor, en Acuña
Su ley imperial cumplía,
Pues probé su rebeldía
Y le sentenció por tal.
Y así diciendo, el alcalde,
Que alentaba con trabajo
Miró al rey, que cabizbajo,
Meditaba en su sitial.

¡Miseria humana! aquel hombre
Que por su ciencia y sus leyes
Aconsejaba á los reyes
Y se aconsejaban de él,
Supersticioso y fanático,
Quiso á otro hacer responsable
De lo que él solo culpable
Obró, sin culpa de aquel.

Mas vió con gran desconsuelo
Que allí en la ocasion mas crítica
Le abandonó su política
Que aun con Dios quiso emplear:
Porque el rey, muy compungido
De no complacerle en esto,
Le dijo con grave gesto
Y voz tierna de escuchar:

—“Hijo mío, tú no puedes
Concebir el sentimiento
Que tengo en este momento
Por no poderte servir.
Mas si tomase á mi cargo
Lo que mi padre pecara,
Dios me lo echaria en cara,
Y ¿qué le iba yo á decir?

Responderle no podría
De lo que yo no supiera,
Y Dios condenar me hiciera
En vuestro lugar á mí,
Harto hará cada nacido
En responder de lo suyo,
Carga tú, pues, con lo tuyo,
Y hable mi padre por sí.

Que si sus órdenes régias
Como te las dió cumpliste,
Tu deber, Ronquillo, hiciste,
Y no hay por qué recelar.
Mas si á tu interés miraste
Sus órdenes escediendo,
Que injusto es, por ello entiendo
Al emperador culpar.”

Y así diciendo con calma
Al alcalde moribundo,
Salió Felipe Segundo
De allí con rápido pié.

Y era este alcalde sin duda
Hombre de grande importancia,
Cuando hasta su misma estancia
Felipe Segundo fué.

Desde este fatal momento,
Y desde oyó tal respuesta,
Fué la inquietud manifiesta
Del desconsolado juez:
Y á su confesor llamando
Para acallar su conciencia,
Acudió á la penitencia
Humillando su altivez.

Al fin con señales santas,
Y cristianos pensamientos,
Recibió los sacramentos,
Nombró heredero y murió.
Y con suntuoso aparato
Y gran pompa, se asegura
Que le dieron sepultura
Bajo un altar que él dotó.

Y á ver su tumba de mármol
En labores esquisita,
Y la riqueza inaudita
Del recamado tapiz
Con que colgaron la iglesia
Desde el suelo á la techumbre,
En espesa muchedumbre
Acudió Vadallolíd.

III.

Era la noche del siguiente día
En que murió Ronquillo:
El túmulo en la iglesia todavía
Se alzaba, aunque entre mármoles yacia
Su cuerpo ya, y sus honras encargadas
A los severos padres franciscanos,
Estaban con gran pompa preparadas.
Del mismo rey por cuenta
Celebrarse debían,
Y sin duda serían
Magnífica función, cosa opulenta,
Pues era justo que quien tanto ruido
En el mundo mortal metió viviendo,
A la mansion bajase del olvido
Con pompa, con escándalo y estruendo.
Y un monge reverendo,
De edad proveya y elocuencia suma,
La fúnebre oración tomó á su cargo,
Y en que saliera voluntad poniendo,
Obra maestra de su docta pluma.
Tomó, pues, en la oscura biblioteca,
Ancho sillón de suspendido cuero,
Mesa espaciosa con papel no escaso,
Volúmenes traídos para el caso,
Pénola blanda, y colosal tintero.
Hojeó á San Agustín y á San Crisóstomo
Y trajo á su memoria
De sagrada oratoria
Cien sublimes y clásicos modelos,
No sin costarle las ideas santas

Dentelladas de uñas unas cuantas,
Y alguno que otro refregon de pelos.
Y así á veces el techo contemplando,
Leyendo á veces lo que estaba escrito
Con voz tan alta que rayaba en grito,
Y periodos á veces murmurando;
Y en el hondo sillón arrellanándose,
Unas borrando y otras añadiendo,
El bendito sermón iba saliendo.
Y ya el buen fraile el parábien se daba,
Notando que al epílogo llegaba
Repasando renglones por renglones,
Descuidados conceptos y oraciones,
Limando sus periodos inconcisos,
Mezquinos ó confusos;
Cuando dió de repente en sus oídos
Tremendo son de silbos y cadenas,
Y horroroso concierto de alaridos
Que la sangre de horror heló en sus venas.
Huyóse la pluma de las manos,
Borrósele el sermón de ante la vista
Al son de aquellos gritos sobre humanos
Y aquella serenata no prevista.
Los ojos con pavor clavó en la puerta,
Trémulo el corazón, roto el aliento,
Con la boca entreabierta,
Sin fé esperando su postrer momento.
Y entretanto el estrépito crecía,
Y mas á cada punto se acercaba,
Y mas horrendo cada vez se hacia,
Y cada vez mas próximo sonaba.
Ya semejaba del airado trueno
El repentino y cóncavo estampido:
Ya de desolación íntima lleno,
Largo, medroso y lúgubre gemido;
Ya por el ronco vendabal sin freno
Ancho y voraz incendio sacudido,
Y ya el fragor de la borrasca fiera
Con ue la mar retumba en la ribera.
Giró la puerta al fin sobre sus goznes,
Y dió paso su hueco á un enlutado
Que entró sin ceremonia, y escoltado
Por multitud de incógnitas figuras
Fantásticas y feas,
A cuyas repugnantes cataduras
Daban color sus azufradas teas.
Quedóse el pobre fraile anonadado,
Y encomendando á Dios el alma imbécil,
Ante la negra aparición postrado
Cayó humilde de hinojos,
Lleno de miedo el corazón menguado,
Y de cobardes lágrimas los ojos.
Y el incógnito, viendo tal postura,
Díjole con voz dura:
“No dobles, insensato, la rodilla
“Al mas ínfimo sér que alienta y sufre
“Y ante la cruz de tu sayal se humilla.
“Levanta, miserable, de la tierra,
“Y guía á la capilla
“Do yace el cuerpo del maldito alcalde,
“Que para tu sermón, lo que allí veas
“No te será, por Dios, párrafo en balde.”
En vano el monje conjurar quisiera

La aparición con la palabra santa
De oración eficaz; inútil era
Su esfuerzo y voluntad, ni una siquiera
Pudo el triste arrancar de su garganta.
Trémulo y cabizbajo echó delante
De la turba infernal, que silenciosa
Caminaba tras él poco distante,
Hasta dar en la iglesia tenebrosa.
Por bajo de sus arcos ojivales
Pasaron lentamente en dos hileras
Aquellas cien fantasmas infernales,
Sin que en el templo cóncavo crujiesen
Sus misteriosas huellas,
Sin que sus sombras proyectar se viesén
Sobre sus muros, desprendidas de ellas.
La luz iluminaba
Sus contornos tal vez, mas su figura
No oponía á la luz compacta oscura
Su masa corporal; la luz en torno
No se extendía, no, de su contorno,
Que el reflejo su cuerpo traspasaba.
Vacilaba su forma á cada paso,
Como se ve variar la de un objeto
Cercado de agua y á través de un vaso,
Y parecía que era solamente
Cada figura un árido esqueleto,
Que con cuerpo aparente
Su desnudez disimular quería,
Mas dar con la apariencia no podía.
Así llegaron del alcalde muerto
A la tumba ostentosa,
Do escribieron en vano: “aquí reposa.”
Pues tomando al morir un rumbo incierto,
De la horrorosa duda
Entró su alma inmortal en el desierto,
Cercó la turba el féretro, y la losa,
De su gefe á la voz dócil girando,
De Ronquillo mostró la pavorosa
Figura; á cuya vista el negro bando
De espíritus que el féretro cercaba,
Rugió iracundo al contemplar su presa,
Cual de la suya en torno, en noche oscura
De cuervos roncós la bandada espesa.
El enlutado entonces que mostraba
Autoridad entre ellos, la voz fiera
Alzó en un pergamino que llevaba,
Leyendo en torva voz de esta manera:
“Mirando los pecados infinitos
“Con que manchó su vida y su conciencia
“El alma de este juez, y sus delitos
“No mereciendo de su Dios clemencia,
“Y en la balanza igual de su justicia
“Pesando mucho mas que su inocencia
“La venganza, el orgullo y la avaricia,
“Al cuerpo infame el Hacedor sentencia
“Con el alma á sufrir males eternos
“Por una eternidad en los infiernos.”
Y á estas palabras, la infernal caterva,
Del vil cadáver con furor asiendo,
Iba á ensayar en él venganza acerba
Con ira horrible y tronador estruendo,
Cuando á la voz de Satanás cediendo
El tumulto feroz, el triste monje

Que el juicio eterno á su pesar veía,
De esta manera oyó que le decía:
"Refiere tú en el púlpito mañana
"Lo que has visto esta noche, y quien osare
"Dudar de esta justicia soberana,
"Que en este muro nuestra huella vea,
"Y ante esta marca se horrorice y crea."
Y así diciendo, con su negra mano
En la pared trazó círculo oscuro,
Y un fuego roedor en polvo vano
Trocó la piedra del macizo muro.
Y soplando despues en la pavesa
Por el ancho y mofético agujero,
Huyeron los fantasmas con su presa,
Huella indeleble su espantoso bando
En el tostado boqueron dejando.
Quedó aterrado el santo religioso
Al pié de la vacia sepultura,
Mirando por el aire nebuloso
Veloz huir la aparicion impura;
Hasta que el cabo, de terror transido,
Desfalleció sin voluntad ni aliento,
Y cayó sin sentido
Al desgarrarse airado el firmamento
De un trueno con el cóncavo estampido,
Brotó la tempestad: rompió el nublado
Su henchido vientre, y con fragor crujieron
El rayo de las nubes desatado,
Y el granizo con furia desgajado,
Que al paso audaz del huracan siguieron.
Al iracundo estrépito inaudito,
Estremeciósse la ciudad dormida.
Tal vez creyendo que la humana vida
Tocaba con su término prescrito:

Y al desórden innoto
Qué vió desbaratar los elementos,
Tembló el malvado y se humilló el devoto,
Vuelos á Dios sus torpes pensamientos.
Y diz que al otro dia
Todo Valladolid se despoblaba,
Y la tumba vacía
A contemplar venia,
Y viendo el boqueron se santiguaba;
Porque en su Dios la multitud creia
Y á su Dios adoraba.....

Perdon, ¡oh buen lector! si en un *exceso*
De humor fatal, con tan oscura tinta
Pude contarte tan atroz suceso;
No siempre alegre nuestra pluma pinta
De ciego amor el voluptuoso halago,
El bullicio del circo y los festines,
De blancos sueños el tumulto vago
Y el aroma del templo y los jardines.
No siempre paz el corazon respira,
Placer, y delicioso arrobamiento,
Ni siempre suena en mi cansada lira
Del placer y el amor el grato acento.
Tal es la tradicion: así la cuenta
El pueblo por do quier, y así la escribo;
Si como está, lector, te descontenta,
Tu juicio al fin con humildad recibo.
Y en fé de que te escuchó y te respeto,
Relacion esmerada y esquisita
A la vuelta de esta hoja te prometo;
Desagraviéte; pues, *mi FAVORITA*.

LEYENDA SETIMA.

LAS PILDORAS DE SALOMON.

CUENTO.

Vivia en cierto lugar
De la Estremadura, un juez,
De ir llegando á la vejez
Con grandísimo pesar.
Era el tal un hombre obeso,
De gran nariz, buen color,
Formidable bebedor....
Hombre, en fin, de mucho seso.
Hombre á quien nunca ablandaron
Las desventuras mayores,
Ni las palabras mejores
Crédito con él lograron.
Hombre de peso y medida,
Que por los dedos contaba,
Pero que no equivocaba
Número alguno en su vida.
Juez tan recto y justiciero,
Que tendió con gran pericia
La izquierda á la justicia
Y la derecha al dinero.
Y así solia decir:
"El que dinero no tenga,
"Que no litigue, ni venga
"Justicia mia á pedir.
"Porque si hacerla es mi oficio,
"No he de ser tan majadero
"Que no sea yo el primero
"Que goce su beneficio."
Y con este parecer
Y con tan sana opinion,
Era el oro su razon,
Su porvenir el placer.
Vivir bien era su afán;
Vivir y gozar sin tasa,
De modo que era en su casa,
No el señor, sino el sultan.

No se escaseaba delicias
Ni se negaba placeres,
Y su mesa y sus mujeres,
Fruto eran de sus justicias.
Egoista hasta lo sumo,
Voraz por naturaleza,
Y de una rancia nobleza
Embriagado con el humo,
Era este juez, (sin rodeos)
Un ricote de lugar,
Que nunca pensó en tasar
Su ambicion, ni sus deseos;
Tan satisfecho y casado
Con sus propias opiniones,
Como asido á los doblones
Que le sudaba el juzgado.
Jamás pensó en su egoismo
Que mirar por los demas
Debia; no vió jamas
A nadie como á si mismo.
Jamás su opípara mesa
Parásitos asaltaron,
Ni sus sentencias faltaron
Sino en razon de la presa.
Con mas razon litigaba
Quien mas ofrenda esponia,
Y mejor causa tenia
Quien mejor se la pagaba.
Tal era, amigo lector,
Este golilla estremeño,
Que alcanzaba mucho empeño
En la corte, y gran favor.
Pues poderosa le ausilia
Por su gran privanza en ella,
Una negocianta bella
Allegada á su familia.